

El Mensajero del Pueblo

Año III—T. VI.

Montevideo, Jueves 2 de Octubre de 1873.

Núm. 237.

SUMARIO

La Comision de Socorros á los Pobres.—Castellar en el Poder.—Breve de Su Santidad. COLABORACION: La libertad ó la censura previa. EXTERIOR: Los dias de fiesta. CRONICA RELIGIOSA.

—o—

Con este número se reparte el índice de *La Estrella del Mar* y la 1.^a entrega de la novela *La Cruz de Madera*.

La Comision de Socorros á los Pobres

FUNDADA EN 1868.

De la interesante y detallada memoria que ha publicado la Comision de Socorros á los pobres presidida por nuestro digno Prelado, tomamos los dos estados que á continuacion publicamos.

Por ellos se verá el resumen de las donaciones recibidas por la Comision y de los socorros distribuidos á los pobres.

Debemos hacer notar una circunstancia especial que no todos conocen, y es la espontaneidad de las donaciones recibidas por la Comision; pues ésta no levantó ninguna suscripcion ni hizo pedido alguno. Tanto mas meritoria es la generosidad de los donantes.

Hé aquí los estados á que nos referimos:

Resúmen de los donativos.

Montevideo

D. ^a Nerea Conde.....	\$ 1
Dos personas caritativas.....	90
D. ^a Mercedes B. de Sienna	15 36
D. ^a Rosalia A. de Ferreira.....	10
D. ^a N. Ferreyra	10
S. Sria. Ilma. por varios.....	145 36
Id. Id. " "	20
Recolectado por D. ^a J. de la Torre.....	73 30
Stas. de Colegio.....	41 25
S. Sria. Ilma por N. N.....	10
Botica Yeregui.....	25 30
A. Guillemett.....	8 50
	<hr/>
	360 95

Durazno

Por Juan Francisco de los Santos..... 160 15

Canelones

Por Quintin Gabito..... 178 52
Cura Letamendi..... 30

208 52

Minas

Por Sandalio Gimenez..... 551 40

Carmelo

Por Villalba

350 20

Guaviyú

Saladero de San Pedro..... 1512 70

Tacuarembó

Por las Sras..... 338 42

Independencia

Por las Sras..... 687 42

Mercedes

Congregacion del Corazon de María..... 411 46

Salto

Silverio Viñals Cura Párroco.. 50

Piedras

Recolectado en la Novena de S.

Roque..... 50

Joaquin Moreno Cura Párroco. 20

70

\$ 4701 42

Resúmen de los socorros distribuidos.

89 Catres
135 Colchones
127 Almohadas
359 Sábanas
248 Frazadas
25 Piezas de madrás
27 id zaraza negra
51½ id id color
54 Pares medias
6 Pañuelos de mano
36 Rebozos

34	Piezas lienzo	
40	id trué	
63	Varas bombasí	
8	id franela	
24	Camisetas	
2	Chaponas	
2	Pantalones	
13	Camisas	
294½	yardas cacineta	
31	Pares calzado	
3753	Kilos de carne	
1823	lb de arroz	
1091	Atados velas	
8117	Panes	
27	Botellas vino Oporto	
12	id id frances	
55	lb café	
181	lb azúcar	
48	lb fideos	
2½	lb té	
24	Pollos	
25	Gallinas	
1	Hectólitro carbon	
9	Atahudes	
	Familias socorridas.	231
	Enfermos asistidos.	60
	Fallecidos	6 -

Castelar en el poder.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA SALVADA

Ya llegó al pináculo del poder en la pobre España el ídolo del moderno liberalismo, el liberal entre los liberales.

Castelar es el Presidente de la República de Madrid!

Pero esto nada tiene de extraordinario; puesto que Castelar es un ciudadano como cualquier otro, y nada extraño es que haya subido al poder y que sea jefe del desgobernado de Madrid.

Tampoco vemos nada extraño el proceder del *liberalísimo* D. Emilio contradiciendo hoy lo que dijo ayer. Esta es una de las múltiples manifestaciones del moderno liberalismo.

Predicar la *tolerancia*, la *libertad*, los *derechos individuales*, etc. etc. cuando no se ha llegado pero subido al sillón presidencial es otra cosa: entonces los *principios* mil veces predicados son los primeros que se pisotean.

Qué tiene esto de extraño?

Los modernos liberales dejarían de ser-

lo, dejarían de pertenecer á su escuela sino procediesen de esa manera.

Muy raras son las escepciones. Si Castelar que es el niño mimado, el ídolo del moderno liberalismo dá el ejemplo de la mayor inconsecuencia, á los principios por él predicados, qué harán los demás?

Estos modernos liberales son siempre los mismos.

La inconsecuencia de Castelar que parece admirar nuestro colega *El Siglo* en su artículo de ayer no nos admira á nosotros que no vemos al tribuno republicano en otro terreno que en el que pisan siempre los modernos liberales.

Para inconsecuencias búsquese á los hombres del moderno liberalismo.

El Castelar de ayer comparado con el Castelar de hoy, cuyo retrato hace *El Siglo* en las siguientes líneas, no es sinó el *moderno liberal* de siempre.

Acompañamos á nuestro caro colega en el justo sentimiento que lo embarga al ver que su ídolo ha subido á la cumbre de donde irremisiblemente tiene que caer.

Hé aquí las líneas á que nos referimos y que hacen al caso de lo que dejamos dicho.

Habla *El Siglo*:

“Y crecen las dificultades de la situación de Castelar si se considera lo falso de la posición del hombre que llega al poder para practicar lo contrario de lo que ha predicado.”

“¿No era Castelar adversario declarado de la pena de muerte?”

“Pues ahora ha subido al Poder para aplicar la pena de muerte, que el filósofo Salmeron se negaba á ejecutar.”

“¿No era Castelar enemigo irreconciliable del militarismo?”

“¿Pues ahora pone como condicion de la aceptación del Poder el aumento considerable, ilimitado si es posible, del ejército: del ejército disciplinado, sometido á la ordenanza en todo su rigor, á esa ordenanza que no es por cierto nada escrupulosa en la aplicación de la pena de muerte.”

“¿No es Castelar quien ha estampado al frente de la Constitución del Estado la tabla de los derechos de hombre, *ilegislables é imprescriptibles*?”

“Pues ahora Castelar pide á la Asamblea Republicana que acaba de presidir, que le autorice para suspender los derechos individuales.”

“Y á todo esto protesta contra toda tendencia á la dictadura.”

“Lo repetimos; creemos en la sinceridad de los propósitos del Sr. Castelar. Pero nunca la simpatía á una persona torcerá nuestra pluma para que ideas contrarias á las que concebimos.”

“Dejemos á un lado sofisticas distinciones de palabras. Las facultades extraordinarias que Castelar ha pedido, constituyen al Gobierno en verdadero dictador.”

Breve de Su Santidad

Nuestro santísimo Padre Pio IX se ha dignado publicar el siguiente Breve, que copiamos de *L'Univers* :

Á NUESTROS QUERIDOS HIJOS LUCIANO BRUN, QUINTO CONDE DE BELCASTEL, CONDE DE LA ABADÍA DE BARAU Y Á TODOS LOS DIPUTADOS DE LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCIA QUE HAN ORGANIZADO LAS CEREMONIAS DE LAS ROGATIVAS DE PARAY-LE-MONIAL, CON EL FIN DE CONSAGRARSE AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Lyon.

PIO IX PAPA.

Amados hijos, salud y bendición apostólica.

Nunca hemos dudado amados hijos, que después de las largas tinieblas del error se levantaría en Francia el Sol de justicia, así como también nos observamos que vendría notoriamente precedido de su muy risueña aurora la Madre de la gracia.

Ella ha sido la que con su presencia ha hecho salir de su letargo á esa nación de un modo tan admirable; ella la que ha atraído suavemente al pueblo; ella la que se ha unido á todas esas muchedumbres, obligadas por innumerables beneficios, á fin de preparar con todas ellas un reino para su Hijo.

Por eso vosotros, mis amados, os habeis dejado conducir á Él por esta dulcísima madre; por eso habeis caminado hácia Él, colocándoos con seguridad bajo su guarda, y por eso le habeis consagrado espontáneamente vuestras personas, vuestra propiedad y vuestra patria.

En verdad que ha sido un espectáculo verdaderamente digno de los ángeles y de los hombres el de esas crecidas legiones de cristianos y de cristianas que, sin ninguna indicacion de la autoridad eclesiástica, aunque con gran júbilo suyo y bajo su ordenada dirección, afluyen espontáneamente á los santos templos para pedir el perdón por haber permanecido tanto tiempo se-

paradas de su Dios y para presentarle un corazón contrito y humillado que el señor no puede rechazar.

Cuando Nos recordamos que el origen de todos los males actuales procede de los que habiendo usurpado el poder supremo á fines del siglo pasado, importaron los horrores de un nuevo derecho y propagaron las ficciones de una doctrina insensata; cuando recordamos que procede también del perverso empleo de la fuerza de las armas, que ha producido, al mismo tiempo que la subversion completa del orden político en Europa, todos esos gérmenes de desorden que estendiéndose cada día mas, conducen poco á poco al mundo á un estado de incesante conmoción, experimentamos una extraordinaria alegría viendo que la conversión á Dios de la Francia, comienza de una manera brillante é iniciada por los mismos que han sido encargados de ocuparse en los asuntos del pueblo para legislar y gobernar el Estado, y por los que al frente del ejército y de la armada están encargados de reconstituir la fuerza de la nación.

Esta armonía del derecho y del poder para rendir homenajes al Altísimo, á quien pertenece la sabiduría y la fuerza, presagia un próximo porvenir en el cual quedará destruido el reinado del error y en el que por consecuencia quedará extirpada hasta sus raíces la causa de tantos males; y nos deja también concebir la esperanza de una perfecta organización de las cosas, de una sólida tranquilidad y de una restauración plena de las grandezas y de la gloria de Francia. Porque Aquel que es grande por la fuerza, por el juicio y por la justicia, concederá sabiduría, inteligencia y firmeza á aquellos que creen en Él de todo corazón, y extenderá con munificencia sus dones de gracia sobre el pueblo que se ha consagrado á Él y que en Él espera. Ved aquí, amados hijos, lo que Nos esperamos para vos y para vuestra patria. Con esta esperanza, como prenda del apoyo del cielo y como testimonio de Nuestro paternal afecto, os concedemos con toda la efusión de nuestra alma á cada uno de vosotros y á toda Francia la bendición apostólica.

Dado en Roma en San Pedro el 24 de Julio de 1873, año vigésimo octavo de Nuestro Pontificado.

PIO IX PAPA.

Colaboracion

La libertad absoluta ó la censura previa.

Los partidarios del moderno liberalismo hu-
yendo de la prévia censura para la prensa, piden
el extremo de la libertad absoluta.

La libertad tan hermosa, tan conveniente, tan
saludable y necesaria para los pueblos, cuando
se ejerce dentro de límites equitativos, justos y
razonables, no es la sociedad de 1873, acreedora
á disfrutarla.—Es preciso todavía, en médio del
progreso y de los positivos adelantos de la época,
resignarse á sufrir las consecuencias inevitables
y funestas de la libertad sin límites, de la liber-
tad absoluta, que es probada y conocidamente
una libertad perturbadora y tiránica, porque se
convierte siempre y sin remedio en licencia y
anarquía.

Este es el último resultado obtenido despues
de los mas laudables esfuerzos hechos por los
hombres sinceros amantes de la libertad.

Ese es el dilema terrible, la desesperante al-
ternativa en que coloca á las sociedades cultas
del siglo XIX, la propaganda desquiciadora de
los campeones del *liberalismo moderno*.—Es
preciso aceptar la libertad sin límites, la libertad
absoluta, por que segun la confesion clara y ter-
minante de los defensores de esa laya de *libera-
lismo*, la libertad es **absolutamente imposi-
ble sin el abuso**.—Y para que esa monstruo-
sidad sea todavía mas resaltante, se quiere ha-
cerla pasar, como uno de tantos adelantos posi-
tivos de este siglo.

¡Santa libertad predicada por Jesucristo, á
que extremo de degradacion y envilecimien-
to pretenden llevarte los adversarios decididos
de la religion instituida por el mismo que te ha
dado la vida para complementó del bien y la fe-
licidad del hombre!

Preguntamos á todos los que creen en Jesu-
cristo y le tributan culto y adoracion como á hi-
jo de Dios; y también á aquellos mismos que so-
lo le conceden el rango de un gran filósofo, si
creen en conciencia, que la libertad que predicó
el Salvador del mundo, es una libertad *absoluta-
mente imposible de ejercerse sin cometer abuso*.
Y si piensan que al poner en manos del hombre
ese don exelente y benéfico, se le dió para que
hiciese de él un uso ilimitado, perjudicial y per-
nicioso, llevándolo hasta el abuso y la licencia.

Afortunadamente, esas doctrinas que se predi-
can diariamente por los escritores del liberalismo,
aunque perturban y hacen mucho mal, no han
de alcanzar un triunfo completo, porque todavía
existen en las sociedades cultas, hombres de buen
sentido, amantes del orden y celosos del bien de
su patria, y del decoro de las familias que rechazan
con indignacion todo gérmen de desquicio,
de perturbacion y de trastorno.

La libertad sin limites puesta á disposicion
del hombre, es una tentacion, es un incitante
que lo conducirá cierta é irremediamente á la
licencia. Eso es sabido, eso está en la conciencia
de todos.

Pretender que la libertad pueda ejercerse sin
una justa y equitativa, necesaria y conveniente
limitacion, es pretender, ó mas propiamente di-
cho, es querer con conocimiento, que la libertad
no sea un elemento de orden, un elemento bené-
fico, salvador, civilizador y vivificador de las so-
ciedades humanas.

La libertad que es uno de los mas hermosos
privilegios que Dios ha concedido al hombre para
que se goce en sus atractivos y disfrute de sus
beneficios y bondades, entendida y aceptada como
la proclaman los apóstoles del *moderno libe-
ralismo*, es un elemento de perturbacion y de
ruina para la sociedad. En el ejercicio de sus
múltiples manifestaciones, bien entendida, bien
aplicada, y con una justa limitacion, sería dulce
y benéfica para los pueblos: poniéndola á disposi-
cion del hombre sin señalar el límite que aconseja
la prudencia, se convertiria de seguro en una
descodada irreverente que se complacerá en ver-
ter una gota mas de amargura en el cáliz de los
sufrimientos de la trabajada humanidad.

No podemos concluir este artículo sin dedicar
algunas palabras al escritor de *El Siglo*, que ha
estado últimamente muy amable con nosotros, y
no queremos que nos acuse de descortesía,

Dice ese escritor: "*Sentimos el disgusto que
hemos dado al colaborador de El Mensajero al
explanar y sostener nuestra doctrina. ¿Cómo ha
de ser! ¿No hemos dicho y repetido cien veces
que somos liberales, sinceramente liberales?*"

¡Hola! esta confesion es importante. Decla-
ramos con franqueza, que hasta el dia de hoy, (y
eso que contamos ya algunos años) nunca habia-
mos oído á nadie, que para permitirse interpretar
las intenciones y desfigurar los argumentos de otro,
era indispensable la condicion de ser *li-
beral, sinceramente liberal*.

Nosotros lamentamos en nuestro anterior ar-

título, que el escritor de *El Siglo* se permitiese interpretar y desfigurar nuestras palabras y nuestros argumentos, y este escritor nos contesta ahora diciéndonos que tengamos paciencia, porque le era indispensable proceder así, en atención á que es *liberal, sinceramente liberal!*—A nuestro juicio, la idea tiene algo de peregrina, al menos por lo que tiene de novedad.

También nos desafia el escritor de *El Siglo* para que "*expliquemos cómo se pueden prevenir los abusos de la prensa sin la prévia censura.*"

Sin mucho trabajo vamos á satisfacer á ese escritor; y decimos sin mucho trabajo, porque él mismo nos ha facilitado el camino y nos ha ayudado á salir del apuro en que ha pensado colocarnos.

En primer lugar el escritor de *El Siglo* ya no tiene inconveniente en decir: "*Nosotros no pretendemos que la prensa esté libre de toda REPRESSION.*—Esto ya es algo para un escritor liberalísimo que ha declarado altamente que la *libertad es imposible sin el abuso.*—Algo nos vamos ya entendiendo. Sin embargo, parécenos que hay todavía una pequeña diferencia, porque la palabra *repression* se acerca mas á la *prévia censura*, que la palabra *límite*, que es la que nosotros hemos empleado siempre y pedido para la libertad.

Dice además el escritor de *El Siglo*: *El director de un periódico, que asume la responsabilidad al menos moral de lo que en el mismo se publica, es claro que está en su perfecto derecho rechazando, no solo lo que considere INMORAL ó PENABLE, sino todo lo que crea que no responde al pensamiento y al objeto del mismo periódico.*—Pues sea leal y justo el escritor de *El Siglo* y avance un poco mas: aplique esa doctrina que proclama para el individuo á la colectividad, y nos habremos entendido perfectamente, sin necesidad de *libertad absoluta* ni de *prévia censura*. Sea verdaderamente desapasionado y liberal, y conceda ese *perfecto derecho* que le dá al director de un periódico para rechazar todo lo que considere *inmoral ó penable*, concédaselo también á la ley de imprenta, téngalo ó no en el concepto de un ente moral, porque no creemos que ese escritor entienda que la ley tiene menos derecho para tutelar y proteger los intereses de la sociedad, que los que legítimamente tiene un director de periódico para impedir *todo lo que crea que no responde al pensamiento y al objeto del mismo periódico.*"

¿Cómo: el director de un periódico puede y debe impedir los abusos, y rechazar de sus co-

lumnas antes que vea la luz todo lo que sea *inmoral ó penable*, y la ley no puede tener ese derecho para imponer á la prensa en general lo que el escritor de *El Siglo* cree muy bueno y conveniente en el diario ó periódico en particular? Eso mismo que se encuentra tan excelente, y que lo es sin disputa, en el director aislado de un periódico, ¿no puede la ley imponerlo á todos los directores para que siempre y en todos los casos sin escepcion, rechazen todo lo que sea *inmoral ó penable*?

La ley, que es la salvaguardia de la sociedad, debe preveer y prevenir todos los males posibles; y ¿no podrá, no deberá ser clara y explícitamente redactada en el sentido de imponer á todos los directores de diarios para que rechazen lo que sea *inmoral ó penable*, haciéndoles al mismo tiempo *asumir la responsabilidad de todo lo que se publique en ese sentido*, que es cabalmente lo que quiere *El Siglo* para el periódico?—Dejar á cargo de la ley y solo á ella, esta disposición saludable, salvadora, aconsejada por la prudencia, ¿será pedir la *prévia censura*?

Comprenda nuestro pensamiento el escritor de *El Siglo*. Dá un paso mas: concédale á la ley lo que con justicia concede al individuo, sin necesidad de recurrir á los extremos, colocando la cuestion en un dilema terrible, ó la *libertad absoluta* ó la *prévia censura*.

Exterior

Los días de fiesta.

CARTA Y ARTÍCULO COMUNICADOS.

Madrid, 5 de Mayo de 1873.

Sr. D. Leon Carbonero y Sol, Director de *La Cruz*.

Muy señor mio:

Está de Dios que mis pobres y desaliñados escritos han de ser siempre hijos de una circunstancia especial, y que por decirlo así, han de tener su historia. No ha muchos días me decía Vd. en su casa que nuestra época tiene necesidad de doctrinas espirituales y místicas. Yo le daba la razón; y como la conversacion de lo espiritual, segun algunos místicos, aviva el espíritu, ilumina el entendimiento y enciende la voluntad en deseos de servir á Dios, de aquí es que sus palabras despertaran de tal modo mis pobres ideas sobre un punto de tanta importancia como la santificación de los días festivos, que no he podido menos de trasladarlas al papel, para remitirlas al que me las ha inspirado.

Tal vez las habré espresado mal; tal vez no habrán salido á luz con aquella precision y claridad con que las concebía cuando el Director de *La Cruz* se lamentaba conmigo de la falta de es-

critores místicos y contemplativos en esta época de materialismo y de sensualidad. Pero ¿qué hacer? Yo soy pobre, y no puedo más. Luego he de decir con el Apóstol: "Lo que tengo te doy." Y si no puedo ofrecer grandes y elevados conceptos, ahí tiene V. los tristes lamentos de una pobre mujer católica, que en gran manera se duele de la profanación del día del Señor.

Yo creo, mi apreciable señor Carbonero, que ese pobre escrito no puede publicarse en la primera Revista católica de España, porque vale muy poco. Pero si, después de todo, V. lo estima conveniente, y cree que puede ser útil, y llamar la atención en algún modo sobre el gravísimo mal que en él se deplora, entonces, ahí está, y si quiere recoger en su *Cruz* los ayes de una mujer que vive abrazada con otra Cruz... sea en buena hora. Saludo á Vd. y á su familia, y me vuelvo á ofrecer su atenta segura servidora en Jesús Nuestro Señor.—*Maria del Cármen.*

Hé aquí el escrito á que se refiere la carta anterior:

"Nos dice sencillamente el catecismo que las fiestas cristianas se han establecido para dar culto á Dios y celebrar los misterios principales. Los verdaderos creyentes entienden perfectamente esa definición sublime y la practican á la letra, santificando con buenas obras el día del Señor. Pero ¡ay! como el número de los escogidos es corto, según nos dice Jesucristo, son muy pocos los que santifican las fiestas; y al ver las muchedumbres que en estos días santos frecuentan las tabernas, los cafés, los teatros y las casas de juego, el alma profundante cristiana se llena de dolor y amargura. En estos días sagrados se aman todos los vicios, se conjuran todas las pasiones y se subleban todas las concupiscencias para ofender á Dios. ¡Qué concierto de iniquidad! Todos esperan que llegué el día festivo para dar rienda suelta á sus vicios, y el gloton rinde culto á su vientre, el vanidoso á sus galas, el jugador á los naipes, y el iracundo á su navaja de media vara, que clava sin piedad al primer prójimo que tiene la desgracia de tocar el rayo de su ira. Para los hambrientos de placeres, para los que gozar es una necesidad ineludible, sabido es que los días de fiesta son días de sus grandes deleites, ó, como si dijéramos, de la crápula más detestable. ¡Qué dolor, Dios mío, que dolor! ¡Qué pena para las almas fieles.

Si los profanadores del día del Señor supieran lo que á tales almas cuestan sus pecados *dominicales* y sus crímenes *festivos*, yo creo que por compasión dejarían de cometerlos. Escucha si quieres, amado lector, los lamentos de un alma que lloraba un día en la presencia de Dios la profanación de las fiestas; y si después de oírlos no santificas los días cristianos con obras de piedad y misericordia, yo te diré, lector mío que no tienes entrañas.

Recógime un domingo, dice, lo mejor que pude, con el deseo de santificar el día lo mejor que pudiera; y fué tanta la fuerza con que mi

entendimiento me representó los grandes pecados que aquel día se cometían contra el Señor, que me parecía verle sufrir otra vez todos los tormentos de su Pasión dolorosa, pero de un modo más cruel y más fiero que cuando los judíos le maltrataron. Me parecía ver á mi muy amado Jesús furiosamente azotado por las turbas desenfrenadas que en aquel día frecuentaban las tabernas, los cafés, los teatros de mala representación, y, en fin, todos los sitios de prostitución indignos de un cristiano. Las blasfemias que vomitaban por aquellas bocas que debían estar alabando á Dios y cantando sus glorias, parecían resonar en mi oído, haciéndome temblar.

"En fin, yo veía á todo el mundo levantado en armas contra mi Señor, que, á pesar de su infinito poder, no quería defenderse, y levantaba sus manos al Padre celestial pidiendo misericordia para tantos ingratos. Yo me afligía mucho viendo sufrir á mi dulce Esposo, y quebrantada por la profunda impresión que me causaba la consideración de sus tormentos, ya dejaba la oración, cuando las lágrimas vinieron en auxilio de mi dolor, y postrándome otra vez con el rostro en tierra como movida por un impulso superior, abracé como pude los pies de mi Señor crucificado, diciendo: "Señor ¿qué es esto? ¿Cuántas veces ¿quiereis padecer por mí? ¿Hasta cuándo habéis de permitir que los hombres os maltraten? ¿Por qué tantas ofensas? ¿Por qué tanta iniquidad? ¿Por qué no te aman tus hijos? ¿Es que tan grande mal no tiene remedio? No, Dios mío, no. Tu puedes hacer que te amen los que hoy te ofenden, y que te bendigan los que blasfeman tu santo nombre. Perdónalos, y no los destruyas, no los castigues en tu ira."

"Así desahogué mi dolor; pero mi entendimiento cortó el vuelo de mis afectos, y purificado tal vez con las lágrimas que mis ojos vertían, me representaban las faltas que yo misma había cometido también en los días festivos. ¡Oh Dios mío! Tú sabes lo que entonces pasó por mí. Yo no puedo espresarlo. Mi dolor creció de tal modo, que apenas si tuve fuerzas para estrechar otra vez el Crucifijo. Me vi tan miserable como soy. Todas mis faltas se me representaron con la mayor claridad. Quería satisfacer á la justicia divina, pero yo también había pecado, y nada podía. Me volví á la Santísima Virgen, y le pedí que lo hiciera por mí, rogándole que detuviera el brazo de su divino Hijo mientras yo besaba sus pies ensangrentados, y le pedía perdón de mis pecados. Me faltaban ya las fuerzas, y por segunda vez quise dejar la oración; pero Dios me tuvo aun en su presencia, y mi entendimiento volvió á darme otro espectáculo más terrible. Volví á ver otra vez las turbas que maltrataban á mi Señor, y entre ellos ¡oh qué dolor! vi muchos que se llaman católicos, y que pasan por muy piadosos y devotos, asociados á los profanadores de los días festivos, y que forman su grano de arena en esa obra de pecado. ¡Pobre de mí! Cuando presencié tan horrible espectáculo, no sé lo que sufrí. ¿Có-

no tuve fuerzas para ver en el teatro, en el baile y en el café á la mujer católica que por la mañana habia compartido conmigo el pan de los ángeles? ¿Cómo tuve fuerzas para ver en todos esos sitios á tantos y tantos hombres que con la mayor devocion habian asistido por la mañana al santo sacrificio de la Misa?

“Pero ¡ay de mí, que todavía me quedaba que ver otro espectáculo mas terrible! Entré los que santifican á medias el día del Señor; entre los católicos que confiesan y comulgan, que rezan el rosario y oyen Misa por la mañana, para ir por la tarde al teatro y de noche al café hasta la madrugada, ví tambien á los ministros del Señor descuidados en el cumplimiento del deber. Sí: yo veía en estos sitios de prostitucion al sacerdote católico que algunas horas antes me habia dado con sus manos el cuerpo adorable de mi Señor sacramentado. Y aquellas manos santificadas por la sangre del Cordero inmaculado, tocaban las cartas en la casa de juego; y aquellas manos que antes habian tocado el manjar que los mismos ángeles no pueden tocar, aplaudian en el teatro tal vez alguna representacion poco conforme al espíritu del catolicismo....! ¡Y aquellas manos....! pero el dolor me ahoga, y no puedo seguir.... Entonces ví de un solo golpe de vista lo que puede ser un sacerdote de malas costumbres, y el camino por donde puede llegar á dar un abrazo al P. Jacinto. Entonces ví todo el daño que hacen á la Iglesia católica los sacerdotes viciosos y que se dejan llevar del espíritu de la época y de los placeres con que nos convida. Esta consideracion me hacia morir de dolor, porque ví claro que cuando Dios quiere castigar á su pueblo le manda malos sacerdotes, y le deja en manos de su consejo. Yo, viendo tanto mal, reuní como pude mis fuerzas, y con ayuda de la divina gracia pedí á Dios que tuviera piedad de nosotros, diciendo con todo el fervor que podia: “¡No mas iniquidad, Señor; no mas iniquidad! ¡Mira tus ministros! ¡Se han olvidado de tu ley para formar parte con los que te ofenden! ¡Dejaron de cantar tus alabanzas y se congregaron para celebrar las blasfemias de los que te insultan! ¡Perdónalos, Señor, porque son tus escogidos, y tu has dicho que son la sal de la tierra! Si esta sal no sala, si su luz no alumina, ¿qué será de nosotros, oh Dios y Señor mio?” Y entonces yo ví á la tierra cubierta de tinieblas, y era como un cuerpo en estado de podredumbre, que desde un olor intolerable. Este espectáculo frio produjo una impresion tal en mi ánimo, que no la puedo expresar. Me anegaba en lágrimas, y solo tuve fuerzas para besar otra vez los pies de mi Señor crucificado, y pedirle que tuviera piedad de todos los que de algun modo estaban sellados con su sangre. Entendí entonces por que hay muchos buenos que algunas veces secundan los proyectos de los malos, y se van siguiendo sus pasos. Estos que así obran, por lo comun rezan, pero no oran; tienen muchas devociones, pero no tienen tal vez la única cosa nece-

saria que Jesucristo recomendaba á Marta; es decir, la devocion, que, como enseña Santo Tomás, consiste en la union de las voluntades. Estos, en la union de nuestra voluntad con la de Dios en todas las cosas. Entendí tambien cómo se principia tambien á ser incrédulo, y que el primer paso que se dá para ello es ir perdiendo las buenas costumbres, esas costumbres santas y puras que forman el carácter de los primeros cristianos. Sí, Dios mio; ya lo comprendia perfectamente, gracias á vuestras misericordias. Para llegar á ser incrédulo hay que ser antes deshonesto, iracundo, avaro, soberbio y amigo de los goces mundanos. Cuando se adquieren todos esos vicios, el café, la taberna y el teatro, con sus representaciones cancanescas, son una necesidad para el hombre. Entonces temí que los que hoy habia visto hacer coro con los profanadores de los días festivos, no fueran mañana del número de los incrédulos. Desde el café y el teatro es muy fácil ir hasta el club, y aun hasta las lóggias masónicas. ¿Cuántos habrán sido seducidos en todos esos sitios! ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡Tened compasion de tantas almas redimidas con vuestra preciosa sangre! El dolor me ahogaba, y yo no podia mas; lloraba con toda la amargura de mi alma, y solo tuve fuerzas para dejarme en las manos de mi Dios, y que hiciera en mi su santa voluntad. Desde aquel día, todos los festivos son para mí días de tormento, recordando que son días de pasion dolorosa para el buen Jesus.”

Así termina su oracion, digna de los cristianos primitivos, esa pobre alma herida en lo mas vivo por las infinitas ofensas que se hacen á Dios en los días festivos. Con ella han llorado y sufrido muchas almas justas que deploran esos mismos escándalos y esos mismos crímenes. ¿No las consolaremos arreglando nuestras costumbres y santificando con verdad las fiestas cristianas? Ya es tiempo de hacerlo, y es tiempo de que las demos un consuelo. Sus oraciones y sus lágrimas han detenido hasta hoy el brazo de la Justicia divina levantado para castigar nuestros pecados, porque, como ha dicho Victor Hugo en un momento de lucidez: “mucha falta hacen los que oran siempre, por los que no oran nunca.” Es una gran verdad. ¡Ay del mundo si no fuera por los que oran! ¡Ay de la humanidad si no fuera por los que noche y día elevan á Dios su corazón en continua oracion! Es preciso divertirse menos y orar mas. Quisiera yo que se rezara menos y se meditara mas; porque es muy cierto que por falta de meditacion está desolada la tierra. De la mayoría de los cristianos se podrá decir lo que Jesucristo decia á los Judios: “Estos me honran con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí.” Es preciso tener pocas devociones para tener mucha devocion.

Es preciso santificar las fiestas, pero sin ir por la mañana á misa y por la tarde al teatro, y al café hasta la madrugada.

Esto no es licito. Hay que escoger entre Dios y el mundo, entre la materia y el espíritu, entre

la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error. Dios nos manda terminantemente que santifiquemos las fiestas establecidas para darles culto y celebrar los misterios augustos de la religion. Con oír una misa por mero cumplimiento y por que nos vean, no cumplimos con este precepto. Es preciso que pasemos una buena parte del día entregados á la oracion y á las buenas obras, sin que por eso nos esté prohibido una honesta recreacion, que no desdiga de nuestro carácter de cristianos. Los dias de fiesta no se han instituido para divertirse ni para dar escándalo. Es un dolor examinar la estadística criminal y ver que la mayor parte de los homicidios y riñas que se han cometido llevan la fecha de un día festivo. Esto es horrible, esto es grave, y merece llamar la atencion de los hombres honrados y piadosos. Si la observancia de los dias de fiesta fuera una verdad, y se santificaran segun el espíritu de la Iglesia católica, la humanidad tendria que llorar menos crímenes, las cárceles albergarian menos criminales, la patria tendria buenos ciudadanos, y la Religion se gozaria con buenos y piadosos hijos. Además, el día de fiesta es un día de descanso, consagrado á cultivar el espíritu, ilustrándole con la meditacion de las verdades eternas. Es propiamente el día de los pobres, el día de los jornaleros, el día de los obreros y de los artesanos, que cansados del trabajo corporal, descansan de sus fatigas para bendecir á Dios y elevar su corazón á las contemplaciones de las cosas celestiales. ¡Oh, sí! El día de fiesta es el día del pobre obrero, porque en él goza de las caricias de la familia y en union de la esposa que Dios le ha deparado, enseña á sus pequeñuelos á balbucear el santo nombre de Dios, y á cantar sus alabanzas.

Un obrero en el templo con su esposa é hijos, es un espectáculo que edifica y consuela. Un jornalero que ora el domingo en la presencia de Dios, elevando al cielo sus callosas manos y su frente tostada por el sol, es un espectáculo que me encanta. ¡Cuántas veces me han llenado de gozo estos ejemplos entre los sencillos campesinos! ¡Cuántas veces he visto al hombre del campo, que con el mayor recogimiento cantaba en el templo las glorias del Señor en union de sus hermanos, al son de las dulces melodias del órgano! Se ha dicho que la música en el templo es la ópera de los pobres. Tal vez en esto hay algo de verdad; yo confieso que amo el arte que nos eleva, tanto como aborrezco el arte que nos degrada. Por eso tolero la música en los templos, en nuestras grandes solemnidades. Si en estos dias descansa el obrero; si en ellos se negocia el jornalero, y el pobre menestral tiene un momento de solaz y reposo, dejémosle recrearse con algunas notas de Rossini, ya que no existen Palestina y San Carlos Borromeo. La profanacion de los muchos no es una razon para que dejen de santificarse los pocos. Los apóstoles de la incredulidad saben muy bien lo que se hacen cuando han conseguido desmoralizar al pueblo, escitando sus

pasiones y lanzándole por el camino del vicio, para que cometa grandes crímenes en los dias festivos, dicen que tales dias deben sufrir, y los que se llaman amigos del pobre y del obrero, ni siquiera le dejan un día de descanso.

Primero le desmoralizan, despues le arrancan la fé, y por último le encadenan á la servidumbre de un taller corrompido y lleno de fetidez, que en nada se parece al humilde y santo de Nazaret. ¡Qué sarcasmo! La profanacion de los dias de fiesta es un mal gravísimo, que es preciso remediar cuanto antes. Esta llaga que lastima y corroe las entrañas del cuerpo social, es muy añeja, pero tiene remedio. Puede curarse, y se curará. Que los que se llaman católicos den el primer paso, y en estos dias que se dejen de teatros y cafés, y que se ocupen de enseñar la doctrina cristiana, en las obras de misericordia, en la oracion, en la lectura de buenos libros, y, por último, en dar buen ejemplo. ¡Católicos! ¡La religion os pide hoy un ligero sacrificio, y solo exige de vosotros que los momentos destinados á vuestros placeres en el día de fiesta, los consagreis á la enseñanza de la doctrina cristiana y al consuelo de algun pobre desvalido! Hay que salvar al mundo por medio del Catecismo. Hay que restaurar las costumbres cristianas, que son el baluarte de la fé. Nosotros no podemos suprimir el día festivo. Somos restauradores, y no destructores. Tenemos la mision de salvar la sociedad, y la salvaremos restaurando las buenas costumbres cristianas, y enseñando al hombre á practicar la sublime doctrina de Jesucristo. Qué aspiere, y que Dios nos asista con su santa gracia en esta obra de reparacion. ¡Dichoso aquel que la inicie! ¡Mas dichoso todavia el que la lleve á cabo!—*María del Carmen Jimenez.*"

Crónica Religiosa

CULTOS.

EN LA MATRIZ:

Continúa al toque de oraciones la novena de la Soledad de María Santísima.

El Sábado 4 al toque de oraciones se dará principio á la novena del Rosario.

El Domingo 5 á las 9 será la funcion de Nuestra Señora del Rosario.

Todo el día quedará la Divina Magestad manifiesta.

A las 2 de la tarde se rezará el Santo Rosario.

A la noche habrá sermón.

EN LOS EGERCICIOS

Se celebrará la solemne fiesta del Glorioso Patrono San Francisco de Asis.

El día 3 del corriente á las seis de la tarde se cantarán las vísperas y dará principio á la novena la que continuará con Su Magestad expuesta.

Los dias 4 y 5 tendrán lugar las 40 horas, la misa solemne será á las 10½, y en los dos primeros dias habrá sermón.

El día 4 á las 7½ de la mañana será la comunión general de los hermanos de la Venerable Orden Tercera.

IGLESIA DE LOS PP. CAPUCHINOS. (Cordon)

El Domingo 5 á las 10 tendrá lugar la funcion de San Francisco de Asis.

Todo el día estará la Divina Magestad manifiesta.